

## **LA DEUDA**

**Por Atenea**

Por la tarde, Sandra y yo fuimos juntos a cavar a la tumba de nuestro hijo. Queríamos tener una charla de tú a tú y preguntarle dónde demonios había escondido el camión de bomberos. Se quedó sin revelarnos esa información antes de su desafortunado accidente. Eso nos ha estado atormentando. A decir verdad, no pensamos en otra cosa. Según un artículo de la *British Journal Of Medicine and Medical Research*, casi un 2% de los niños del mundo muere antes de los ocho años. No te avisan. Se van, sin más. Es bueno estar dentro de las estadísticas, suelo decirle a Sandra. Así tengo temas de conversación con ella cuando llega la noche y nos cogemos de la mano, quietos los dos con los ojos clavados en el techo lleno de sombras de nuestro dormitorio. Esas madrugadas no nos llegan las palabras a la garganta. Se han calcificado ahí, duras como trozos de cristal negro, y las pocas que salen sirven para decir nada, una información escasa y balbucida con muchísima dificultad, y justo por eso, para ayudarnos a hablar y a escapar de esas sombras de araña del techo, para tomar aire por fin, viene muy bien repetir lo que cuentan las cifras oficiales.

Un 2% de niños de todas las razas y lugares, Sandra. Lo dice esta revista científica tan prestigiosa. No son pocos.

Hacía bastante calor a media tarde. Ella me pidió que hablara con él. A ti te escucha mucho más que a mí, dijo. Para lo que le interesa, cómo nos gritamos y discutimos mi hijo y yo por minucias, mi mujer suele pecar de olvidadiza. No quería una bronca con ella antes de tiempo, ya tenemos bastantes problemas. Antes de desenterrar a nuestro pequeño, tarea a la que iba a dedicar un tiempo más o menos extenso –está bastante abajo–, fui a nuestro cuarto y me puse unas bermudas y una camisa hawaiana con unas flores de palmera amarillas. Me gusta mucho para esta época del año. Suelo

dejármela desabrochada mientras cavo con diversos intervalos de furia y amontoño las paletadas de tierra. Desde el otro lado del jardín, Sandra me come con los ojos. De la caseta de las herramientas me llevé la pala grande. Hace poco la utilicé para plantar unas tomateras preciosas. Dan unos tomates gordos y jugosos como mi puño. Hay que tener mucha mano con el abono y el riego para no matarlos. Mi hijo no está enterrado en esa zona del jardín, así que puedo decir que esas hortalizas son así por obra y gracia de mi talento. Qué tomates más impresionantes, ahora que lo pienso. Es morderlos y que la pulpa, ácida y con un punto picante, te baje por los labios. Una explosión de sabor en la boca.

Sandra me sugirió que utilizara la pala pequeña de plástico, su preferida, pero le dije que de ninguna manera. Me ha insistido: Con esa hizo el castillo lleno de almenas y torreones en la playa cuando lo llevamos a ver por primera vez el océano Atlántico, ¿te acuerdas? Me acuerdo, sí. He estado a punto de contestarle lo que pensaba de verdad, pero me he aguantado las ganas. Para apoyar mi argumento, le he acariciado el pelo muy suavemente, con los dedos en forma de cuenco, como a ella le gusta. He intentado hacerle entrar en razón. Sandra, a ver, está... está... nunca será ingeniero de telecomunicaciones. Míralo por el lado bueno. Abono sí podrá ser, y por suerte –tú me convenciste– lo enterramos muy abajo; así ningún perro del vecindario puede colarse aquí, escarbar y llevarse algún hueso. El chihuahua de los vecinos es una mala bestia. A los perros les gusta mucho llevarse cosas a la boca, lo sabes de sobra, cielo mío. Es el ciclo de la vida. La naturaleza y el instinto mandan. Un perro ve un fémur humano, o Dios no lo quiera, un trozo de cadera, y ahí que va. Hicimos bien en cavar y cavar y dejarle ahí, lejos de los extraños. Sandra ha abierto más los ojos. ¿No sería lo lógico demostrarle nuestro amor, en fin, la deuda de afecto que aún se mantiene firme entre tú y él, entre él y nosotros, cavando con su pala preferida e incluso manchándote las manos de tierra para que él sepa que estás poniendo todo tu esfuerzo? Ciertas discusiones de pareja acaban así, con mímica, frases sintácticamente simples y aspavientos con los brazos que derivan en una absoluta y total falta de comunicación.

Por-favor-tú-utiliza-pala-de-juguete-para-desenterrar-nuestro-pequeño-hijo.

Por-favor-tú-hacerme-caso.

He sido firme. De ninguna manera, Sandra, creo que es mejor cavar con la grande. Si nos esforzamos en dialogar y cedemos a los chantajes, ¿qué va a ser lo próximo? ¿Ponernos a cuatro patas cuando nos lo pida? Tendremos que explicarle que a veces, por desgracia, la vida no te da limones, ni limonada, ni siquiera una monda de fruta. Es nuestro legítimo deber como padres arrancar el papel de envolver de eso que llamamos vida, o felicidad dichosa, o esperanza. Ella me ha cogido del brazo. La pala de juguete, por favor, por favor, por favor. Se va a enfadar. En eso tiene razón: nuestro hijo no tiene buen carácter. A veces me pregunto a quién de los dos habrá salido. A estas alturas, Sandra estaba implorando. Se había puesto de rodillas. La pala pequeña, te lo pido. Utilizaba conmigo caricias a las que es muy difícil resistirme, bajo la camisa hawaiana. Me he puesto en su lugar.

Antes de seguir, me gustaría aclarar que el camión no lo encontramos por ninguna parte y que lo necesitamos, dadas las amenazas a las que estamos sometidos. Nuestro hijo debería revelarnos su paradero cuanto antes. En su habitación, desde luego, no está (no nos hemos atrevido a cambiar sus juguetes de sitio desde que, bueno, eso pasó); tampoco lo hemos visto en el hueco secreto debajo de las escaleras; un lugar que nuestro chico visitaba bastante en los últimos tiempos, quiero decir, antes de pasar a formar parte de ese 2% de niños que, según la British Journal Of Medicine and Medical Research, salen por la puerta de atrás sin despedirse. Solía meterse ahí dentro y cerrar la portezuela enrejada. Nosotros le llamábamos por su nombre –Daniel– y nuestro hijo, al otro lado del tabique, se quedaba tan quieto como una estrella a punto de apagarse. Le preguntábamos qué hacía ahí metido tantas horas, y no respondía, o decía, en voz muy baja: No estoy haciendo nada. Y le preguntábamos otra vez: ¿De verdad? ¿Por qué has atrancado la puerta entonces? Y él: Os lo prometo, solo estoy aquí. En algún sitio tengo que estar, ¿no? Si os parece bien, podéis volver a vuestros asuntos.

El camión no aparece, punto. Tanto nos desespera encontrarlo que hemos llegado a gritar en voz alta: ¡¿Dónde estás?!; como si jugáramos aún con

nuestro hijo a un juego en el que vamos perdiendo (de hecho, así es); y todavía lo llamáramos, ¡Daniel, ven aquí, Daniel!, y de un momento a otro él fuera a bajar corriendo las escaleras gritando guturalmente que quiere ir a jugar al parque. Los padres deberíamos reflejarnos en las pupilas de nuestros hijos, hasta la última luz de nuestro último día de vida, cuando baja nuestro telón y nuestras criaturas caminan solas, los ojos abiertos de par en par, sin nuestro reflejo viejo y desdentado dentro. Así debería haber sido con Daniel. ¿Y el maldito trasto?, dice Sandra. De verdad, no lo entiendo. No es nuestro hijo quien grita con voz histérica: Mamá, ¿dónde está mi camión? Mi camioooooón, lo quiero. Algo que, dadas las circunstancias, a Sandra le haría muchísima ilusión. Podría cumplir el mandato inmemorial, el lazo de carne que se fortalece con la desesperación, cuando un hijo grita desahogado que no encuentra algo, un juguete que le es muy necesario para la felicidad, para la infancia misma. Entonces las mujeres como Sandra, con sus manos pequeñas y mullidas de cuervo, acuden a la llamada, son capaces de encontrar ese objeto enseguida, con su instinto maternal y depredador (por eso se dice que tienen ojos en la nuca). No, somos nosotros los que ahora gritamos dónde está el camión de bomberos, dónde, maldita sea. Estamos solos, con nuestras voces atascadas en la garganta, un enorme tajo en la carne que lleva el nombre de nuestro hijo pequeño.

Bajo las tablas del suelo de su habitación solo hemos encontrado una navaja suiza del ejército y un dedo de otra persona cubierto de polvo. Según Sandra, tiene que pertenecer a alguno de sus amiguitos. No le falta razón. Aún con sus ocho años, Daniel ya tenía edad suficiente para una vida social tumultuosa: ir a varios cumpleaños por semana, en jardines comunitarios, parques con columpios recién pintados de amarillo, o en casas de amigos y amigas suyos del colegio mucho mejores que la nuestra: chalés con despacho, solárium, jacuzzi y cuarto del servicio, con una sirvienta dentro, escondida ahí como un gorrión. A pesar de las evidentes complicaciones de agenda, a Sandra y a mí nos parecía una idea excelente que nuestro pequeño fuera a las casas de familias con una buena posición económica, y ahí, disimuladamente, distanciándose del tumulto del cumpleaños, acariciara los mármoles, las encimeras, los muebles de tejo –para irse familiarizando con esos materiales y

saber distinguir lo bueno de lo que es, sin paños calientes, una imitación barata del verdadero lujo—; e incluso no nos molestaba la idea, para nada, de que se llevara algo a escondidas cuando la madre o el padre de su amigo no mirase, y lo trajera a casa para observarlo, convertido ya en su legítimo dueño. A diferencia de otros padres débiles, de reglas que son pura fragilidad (ni ellos mismos creen en ellas), así se lo he dicho a Sandra y se lo expliqué muchas veces cuando Daniel vivía. No hay que endulzarle la limonada a nuestras criaturas. Otras personas roban a manos llenas, acuchillan y matan a sus semejantes; otras personas, hijo mío, sacuden el árbol y cogen todos los limones; después de la escasez llegan las hambrunas, y esa gente, ¿me oyes?; esa gente es la única que sobrevive a la rapiña, vende esos limones robados a unos precios imposibles, construye imperios sostenidos únicamente sobre el crimen original. Así que, ¿por qué no vas tú a llevarte del chalé de uno de tus amigos con dinero algo que no iba a necesitar, o que, de hecho, jamás iba a echar en falta? A continuación, hubiera contextualizado para hablarle de las urracas; cómo se aprovisionan de objetos brillantes con los que más tarde hacen intercambios en la oscuridad frondosa de los bosques, o simplemente por acumular oro y joyas para el invierno, cosa que nunca es una mala idea.

Lo cierto es que yo no necesité educar a Daniel en estos preceptos y categorías, a pesar de que le hubieran venido muy bien en el futuro. Él mismo ya nos ha demostrado ser una personita con iniciativa. Por sí solo cogió la costumbre de enterrar y esconder cosas por toda la casa; objetos que no comprendemos aún cómo se conectan unos con otros, pero que vamos hallando en los lugares más insospechados. Por ejemplo, en el cajón de las bragas de Sandra; dentro del acuario o pegados con cinta adhesiva al somier de nuestra cama.

Sandra sostiene el dedo que hemos encontrado en el hueco bajo las tablas de su habitación.

A lo mejor ha hecho un pacto, dice, así es la amistad cuando eres pequeño.

Como siempre, cuando tiene razón, tiene razón. Los juegos infantiles son laberintos secretos llenos de musgo. Carecen de lenguaje comprensible a ojos de los adultos. No es descabellado pensar en reuniones secretas de niños que

cuchichean en torno a una mesa con sándwiches de pasta de cacao y botellas de dos litros de coca cola sin azúcar ya vacías; y mucho menos es una idea baladí, una idea estúpida, pensar que, en una de esas reuniones de muchachos que golpean con furia una piñata hasta sacarle todo el jugo, como un animal o un hombre que ha sido declarado culpable, Daniel intercambiara algunos objetos con otro de sus compañeros, fueran los que fueran: esa navaja del ejército y este dedo, por ejemplo; y cuántos objetos habrá, cuántos de los que aún no sabemos nada. Además, ¿quién nos dice a nosotros que esa transacción no haya sido justa o se haya producido después de un larguísimo tira y afloja entre iguales? Daniel tenía ocho años, sí, de acuerdo, pero ya hablaba con la elocuencia de un senador romano. Estoy bastante seguro de que, de no ser por esa manía de acurrucarse en la oscuridad, hubiera sido una persona experta en liderazgo y negociación.

Sandra ha colocado el dedo junto a su joyero, como si así quisiera estar más cerca de todo lo que asocia a nuestro pequeño capitán de fragata.

El problema en sí no es que mi hijo se llevara algunos secretos a la tumba, y pienso por ejemplo en esas tardes que pasaba solo en la oscuridad, cuando le preguntábamos qué hacía y él contestaba que no hacía nada. Ahí nos equivocamos, lo sé. Es evidente: algo se estaba cocinando. ¿Deberíamos haber sido más insistentes? Quizás. Seguramente, sí. No fuimos padres perfectos; nos faltaron muchas heridas que curar en su rodilla; hicieron falta lecciones de vida. Tendríamos que habernos comunicado mejor con él, pero dudo que le hubiese interesado ver a su padre plantar tomates, hacerlos crecer y sostenerlos en la mano bajo el sol del jardín. Entiendo que la oscuridad bajo la escalera es mucho más atractiva que lo prosaico de una planta, aunque sea hermosa y dé tomates que nunca se mueren (eso no sucede con los hijos). El problema, como digo, es nuestra casa; esos escondites aún nos recuerdan cómo era Daniel, nos desgarran, nos cuentan que estaba ya muy lejos de nosotros, que quizás llevaba una vida secreta en la que jamás podremos entrar. Sandra no quiere mirar la verdad de frente: todos esos escondites de la casa que aún guardan secretitos y sorpresas. Un camión de bomberos es solo un eslabón insignificante en una cadena que se retuerce hasta el infinito. Alguna vez me he acercado a la tumba de mi hijo con un rastrillo. Él es capaz de sentir mi presencia a cierta

distancia. La voz le ha cambiado en este tiempo, cruje a través de la tierra. La noto distinta. ¿Te gustan mis juegos de pistas, papá? ¿No te molan mis proyectos? Vengo preparado para otro chantaje. Mi hijo me recrimina: Papá, ¿ya habéis encontrado la última movidita que tengo preparada? ¿No? ¿De verdad? Veréis cuando eso pase. Va a ser una auténtica maravilla.

Francamente, a mí el camión de bomberos me da igual. Hubiera hecho una fogata con él en la parte de atrás de la casa. Habría tirado dentro el dedo de su amiguito (Sandra tiene algunas teorías sobre su procedencia), la navaja del ejército, sus saltamontes disecados y el trozo de vestido con manchas de algo que parece sangre (este lo hemos encontrado la semana pasada). Según Sandra, forma parte de un juego. No tiene importancia, asegura, es la forma de estrechar vínculos de amistad entre los niños de su edad; probablemente sea de mentira y la hayan pintado con témperas hasta conseguir esta sensación tan realista. Yo no sé lo que hacen en clase de manualidades, Manuel. ¿Tú lo sabes? No, ¿verdad? No, no lo sabes, así que no empecemos a sacar conclusiones precipitadas. Amo su lucidez, aunque la mayor parte del tiempo no quiera aceptar las paredes de este agujero, esta existencia sin hijo que solo nos ha dejado una topera oscura llena de objetos que nos miran. Va ensanchándose con nosotros dentro. Es un hambre que no tiene fondo.

Por mí, el camión de bomberos podría seguir donde sea que esté, esperando en la oscuridad para apagar pequeños fuegos a su alrededor. Lo compré de los baratos, unas navidades. Ya entonces mi hijo lo sacó de la caja, lo miró de reojo y se quedó en silencio un buen rato. ¿Qué pasa?, le pregunté. ¿Qué es esto?, dijo. No es lo que yo quería. Le respondí: Es el modelo rojo, con tracción trasera y manguera extensible. Tiene hasta bocina. Mi hijo no dijo más. Salió al jardín. Empezó a cavar un hoyo y dejó de mirarme. Valoro esa independencia que ya mostraba, aunque fuera a costa de ignorarme con esos desplantes crueles.

Ya digo que no me interesa el camión de juguete, me importa una mierda que pueda encontrar las piezas mientras estoy haciendo otras cosas. No hubiera centrado mi vida entera en encontrar ese asque... ese magnífico camión de bomberos si esa niña vestida con un mallot azul de gimnasia no se hubiera acercado a Sandra en el centro comercial hace una semana. Esa mañana,

había ido a hacer unas compras. Queso brie, salmón, un buen vino. Íbamos a tener *una cita de las de antes, cuando el mundo ardía con nosotros dentro*. Es su forma de describir cómo era nuestra relación en un tiempo hipotético y difícilmente demostrable. Me gusta pensar que ya había doblado la lencería negra de encaje de la marca *Lingerie Dreams* y la había dejado a mano para lo que pasara entre nosotros esta noche. No me importa decirlo: habríamos hecho el amor hasta sepultar nuestras preocupaciones, tirarlas a otro agujero todavía más profundo y echar la llave. Ese conjuntito negro, estoy seguro, habría ayudado.

Por lo que me ha contado, Sandra sintió una mano que le tironeaba de la falda con mucha fuerza. No vio a la niña separarse del brazo que la cuidaba. Mi mujer se arrodilló para estar a su altura. Es algo que nos enseñaron en las clases de parto, antes de que Daniel naciera. Recomendable agacharse, chicas. Hay que mirar a los ojos de los niños, de tú a tú. Son personitas. Yo me pregunto. Sinceramente, lo hago. ¿Agacharnos y ponernos a la altura de Daniel hubiera evitado que escondiera los restos de su existencia oculta por toda la casa, que los intercambiara con gente que no conocemos, o que Sandra no se despegara de ese dedo? Algunas noches le interrogo, cuando ella permanece despierta en la oscuridad, mirándolo. Pero a ver, ¿qué esperas que pase? Responde: No lo sé, pero era de Daniel. Yo le contesto: No, de Daniel no era. Ya me entiendes, dice. Pienso hipotéticamente, una vez más: ¿Agacharnos y hablar más con Daniel habría conseguido que desarrollara aficiones propias de su edad como untarse la cara de tierra o apuntar con el dedo sano a las constelaciones, sin saber decir su nombre completo? ¿Fue de verdad nuestro hijo pequeño, o solo dimos a luz una sombra de ocho años a la que le hacíamos marcas para medir la altura en la pared de baldosines de la cocina? ¿Tuvimos siempre un desconocido entre los brazos?

Desde luego, Sandra dice que se agachó en el centro comercial, como habría hecho con cualquier otro crío. Le creo. La niña parecía desorientada. ¿Te has perdido, pequeña? ¿Quieres que busquemos a tu madre? La niña empezó a hablar enseñándole los dientes de abajo. ¿Qué? ¿Eh?, dijo, y le puso la mano en el hombro a mi mujer como lo haría una persona de mucha más edad. ¿Cuándo lo tendréis listo? Sandra no sabía al principio a qué se refería. Me ha



contado que intentó llegar a las escaleras mecánicas. La niña era muy rápida. Tenía ojos de usurera. Aprovechó para bloquearle la salida y cruzarse de brazos. Mi camión de bomberos, dijo. A mi mujer le brotó del estómago una frase torpe. Es... de mi hijo. Pese a que nunca quiso jugar mucho con él, sí, era suyo; fue una buena respuesta.

La niña estaba sudando. Se rascaba el mallot.

No, corrigió. Ya no.

Sandra se lleva la mano al pelo y lo aplasta mecánicamente cuando lo recuerda. Me ha explicado varias veces que intentó razonar con la cría con buenos argumentos, diciéndole que los niños no pueden contraer deudas. A ver, matiza, no me atrevería a decir que lo que pasó después fuera una amenaza. Yo vuelvo a los pormenores de la escena. Si descontamos su tono, cielo mío, y que se pasó el dedo por el cuello mientras te miraba. Sandra estaba cada vez más nerviosa. Me ha contado que abrió el bolso, sacó un caramelo de eucalipto con las manos temblorosas y se lo ofreció a la niña bajo la supervisión de la madre. Acababa de llegar. La niña volvió a rascarse el mallot y rechazó ese caramelo. Sandra insistió: De verdad, te va a gustar mucho. La madre sonrió a Sandra con sus dientes luminosos y arios de clínica dental, mientras la niña se abrazaba a sus piernas. Perdona, dijo la mujer, es tímida pero muy buena. Sandra estuvo a punto de decir lo que pensaba:

Pues no parecía tímida hace un momento.

Yo añadido, para aportar datos que contrasten.

Bien mirado, ahí tienes la prueba de que había más niños como nuestro Daniel. Un 0,111111 %, Sandra. No es poca cosa.

Al final he hecho caso a las peticiones Sandra, he cogido la pala pequeña y he cavado en la tumba de mi hijo mientras lo oía removerse bajo la tierra. Se sacudía ahí abajo. Había algo de excitación en él, por la visita. Cava, papá. Que caves, te digo, no tenemos todo el día. Sandra tenía lágrimas en los ojos cuando hemos visto asomar su pie, con el calcetín blanco de deporte manchado de tierra, y eso a pesar de que ya ha vivido muchas veces este proceso. Le hemos preguntado decenas de tardes cómo estaba, si tenía frío, si quería que le pusiéramos música. Tchaikovsky. Algo de Rachmaninoff. Tengo claro que no me gusta nada cómo nos da órdenes, pero en el fondo me siento dividido. Puede

que estar bajo tierra una temporada le haya sentado bien. No me atrevería a asegurarlo, pero parece que ahí abajo ha seguido desarrollando ciertas aptitudes de líder, que se manifiestan en la autoridad con la que habla: Eh, más te vale que no me moje la puta lluvia. ¿Me has oído? ¿Cómo cojones te atreves a pasar con la carretilla por encima de este lugar sagrado? ¿Quién te ha dado permiso para envalentonarte y plantar unas putas azaleas aquí? ¿Estás sordo?

Le enseño a Sandra las dos manos manchadas de tierra. Qué, ¿te parece que me estoy esforzando lo suficiente para ganarme su cariño? Sandra sonríe. Mi hawaiano guapo, anda, sigue cavando un poco. He seguido sacando tierra con más furia hasta que el cuerpo de Daniel por fin ha aparecido. Esta vez, cuando le hemos preguntado a nuestro hijo cómo se encontraba, no ha respondido como siempre. Bien; estaba bien hasta que habéis llegado. O: ¿Tú cómo crees que estoy? Bajo la bolsa de plástico del supermercado que usé para cubrirle la cabeza, el día que lo pusimos ahí, veo la forma hinchada de la boca. Aprovecha siempre que Sandra está emocionalmente tocada para meter el dedo en esa herida. Mami, ¿no vas a acunarme un poco? Mami, mami, ¿me llevas dentro de casa y me preparas un superbatido?

Sandra se inclina hacia él. Yo interpongo el brazo para que no ceda.

De pronto, ha sido ella la que se ha dado cuenta de que algo no iba bien. Bajo el otro calcetín blanco, el de la pierna derecha de Daniel, no había nada. Colgaba vacío de la extremidad. Cielo, ¿dónde está tu otro pie? Yo he hablado con voz más colérica: Daniel, dime que no ha venido a escarbar por aquí el perro de la casa de al lado. Hay que meter en vereda a ese animal, o si no... La bolsa de plástico se ha quedado pegada a la boca de mi hijo, como si estuviera a punto de dar una respuesta, pero no quisiera concedernos la venia.

El pie no me pertenece.

Sandra y yo estábamos temblando. ¿Cómo que no... no...? No, no me pertenece, ha continuado nuestro pequeño. He tenido que zarandearlo varias veces porque ya no aguantaba más. No me importa el camión de bomberos, hijo, dile a tu madre dónde está el pie. Entonces he oído el crujido de la cabeza de Daniel bajo la bolsa de plástico, separándose poco a poco de la unión con el cuello. Ha intentado cruzar las dos manos sobre el pecho.

Centraos en el camión, ha dicho. Un día de estos lo vais a encontrar. Solo tenéis que poner un poquito más de interés. Un último esfuerzo, ¿de acuerdo? No os preocupéis por el pie. Es un asunto que no os concierne.

Sandra lloraba amargamente y se tapaba la cara con las dos manos. Poco más podíamos hacer. He mirado a Daniel a los ojos. Bueno, a los ojos no, a la bolsa de plástico que le tapa la cabeza. Ahí debajo tenían que estar, me imagino. Es evidente que nuestro Daniel ha estado metido en más asuntos y se niega a comunicarse con nosotros de otra forma que no sea con estos ataques de rebeldía. Han llegado antes de lo que esperábamos, lo sé. Por lo menos esto demuestra que es una persona que no se conforma con estar pudriéndose bajo tierra y enfrenta la no existencia con resiliencia y espíritu positivo. Algo es algo. Además, justo en ese momento he oído ladrar excitado al chihuahua de los vecinos. Esa mala bestia ha empezado a meter el hocico por el hueco de la puerta de la entrada. Esos animales huelen la miseria de los demás en cuanto te descuidas. Venía con hambre ese perro. Es culpa del dueño. No le dan bien de comer, y así pasa, que hay que estar con mil ojos por si el animal se cuele en el jardín y se pone a escarbar en mis tomateras, o peor, en la tumba de Daniel. Juro que no sé qué haría si eso pasara. Nunca he matado a un perro con mis propias manos. En todo caso, he empezado a enterrar a Daniel otra vez, esta vez con la pala grande. Bien tapadito, eh, papá, bien tapadito, decía. Siempre me dejás desniveles.

De noche, la ventana está abierta de par en par y el gruñido caluroso del jardín entra en nuestra habitación. Nos hemos tapado hasta la nariz con el edredón. Lo hemos hecho a la vez, sincronizados por la misma sensación, ser observados al microscopio por todos nuestros errores, blancos, apretados en telarañas por el cuarto. El conjuntito negro está en el cajón de la cómoda. Ella no se lo ha puesto por voluntad propia –lleva un pijama raso que no enseña nada de carne–, y yo tampoco me he atrevido a sugerírselo, por muchas ganas que tuviera de vérselo puesto. Quería que me hiciera la danza del vientre. Eso hubiera estado bien. Supongo que es pedir demasiado.

Las sombras del techo son barcos inmóviles; parecen atascadas en el centro del mar. Sandra y yo giramos la cabeza al mismo tiempo. Nos sacude una carcajada hueca, una risa floja como un cuchillo de postre que rasca un

plato vacío. Ninguno de los dos quiere reconocer que está temblando. Le acaricio el pelo con la mano en forma de cuenco, y ella me coge la otra y la acurruca en su vientre frío. El camión, dice. ¿Tú te acuerdas de si viste a Daniel rondar por tus tomateras? Su garganta es un grifo abierto que ya no se puede cerrar. No sé, pienso que una de las piezas podría estar cerca, dice. A lo mejor ha puesto la manguera ahí, y el resto en la casa de uno de sus amigos. No puede ser tan difícil dar con él, ¿no? Tiene sentido eso, ¿verdad? Sí, tiene sentido.

He cerrado los ojos para no ver cómo se mueve su boca. Lo sé: no va a haber conjuntito negro; ni conjuntito, ni masaje tailandés, ni nada que no sean piedras gigantescas de carne en la garganta, cloqueando, amontonándose hasta asfixiar lo que desea salir.

Qué listo era. Seguro que lo ha pensado todo. ¿Te acuerdas del día que...?

Sandra habla en voz alta. Su voz se desfigura por el peso de las piedras. Cierro los ojos, más fuerte ahora. Sigo acariciándole el pelo, pasando los dedos por las hebras rubias. Lo hago con suavidad, como haría con un perro que se ha asustado porque ha visto una hilera de dientes dentro de una tormenta. Manuel, el camión es solo... Uno de sus mechones se desprende del cuero cabelludo y me quedo con él en la mano. Mañana vamos a... Verás, he pensado que sería mejor si... Ella sigue hablando, sigue hablando, sigue hablando, como si estuviera volviendo a nacer, bajo una tonelada de tierra.